



## La construcción de una ciencia popular y plebeya

Rafael Mondragón  
y Manuel Amador<sup>1</sup>

21 de junio de 2017.

Hizo frío en el metro. El clima estaba prendido. Todos van preparados para el frío menos yo. Salí a las cinco y media de la mañana para estar en Indios Verdes a las 6 y media, y no sé levantarme a esta hora. Me dolerá la garganta durante toda la mañana, y ese dolor será un sutil recordatorio de todo lo que no sé.

<sup>1</sup> Esta crónica se basa en las notas del diario de trabajo de R. M. dedicado al seguimiento de la labor de Manuel. El material está disponible en el archivo del grupo de investigación Una Mesa para Compartir Objetos, fondo Manuel Amador, sección Diarios de trabajo, entrada del 21 de junio de 2017. El relato fue transcrito, corregido y redactado en una primera versión que se entregó a Manuel para su posterior reescritura.

*Mariposas negras contra el feminicidio* (25 de noviembre de 2013).  
Fotografía de Manuel Amador.

Este día se presentan los trabajos finales de la materia “Pensamiento crítico” que Manuel Amador imparte en la Escuela Preparatoria Oficial núm. 128 “General Francisco Villa”. Mi entrada del diario se llama “Exposiciones en la Panchito” porque me he acostumbrado a decirle así a la escuela. Así le dice Manuel. Pero no sólo yo (añade hoy). Los niños le dicen Panchito a esa escuela porque es chiquita, y también de cariño. Aunque conozco la escuela a través de pláticas de sus estudiantes, de Manuel, de personas valientes y sinceras que he ido conociendo a través de él y se han ido volviendo mis amigas, ésta es mi primera vez aquí.

Voy acompañado de la escritora y periodista Daniela Rea, de la Red de Periodistas de a Pie, quien más adelante publicará una hermosa crónica sobre ese día, que consulto frecuentemente ahora que pongo en orden mis apuntes. De ella transcribo el siguiente párrafo:

Ecatepec es el municipio con mayor número de pobres de todo el país, casi 500 mil personas viven en esa condición, según el Consejo Nacional de Evaluación de la Política Social. Es además el municipio donde los habitantes se sienten [más] inseguros, 7 de cada 10, según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía. Quienes aquí habitan son los migrantes (y sus descendientes) que llegaron en las décadas de los 80 y 90 como consecuencia del desmantelamiento de la Reforma Agraria que emprendieron Carlos Salinas y Ernesto Zedillo. Llegaron expulsados del campo y encontraron un espacio sin oportunidades laborales dignas. En Ecatepec, el empleo formal escasea

y cuando lo hay es precario, por ello la mayoría sobrevive de la economía informal e ilegal, relatan Héctor Domínguez y Amador en el estudio “Diálogos interdisciplinarios sobre violencia sexual”; muchos jóvenes aspiran a ser narcomenudistas, comprar un carro para ser taxistas o vender mercancía de fayuca. Consecuencia, también, ha sido el borramiento de la identidad campesina e indígena como una forma de sobrevivencia ante el racismo. Es común, dice el estudio, que los hablantes de alguna lengua indígena no la hablen en los espacios públicos o no la enseñen a sus hijos.<sup>2</sup>

La colonia Hank González, en donde se ubica la Escuela Preparatoria Oficial núm. 128, es el sitio más peligroso del país para ser mujer.<sup>3</sup>

Manuel sube la barda del frontón como si fuera un niño. Éste es mi camino, dice con un tono como de travesura: la verdad es que allí no hay camino, pero subiendo la barda se

Véase Daniela Rea, “Una escuela contra la dominación”, *Pie de Página*, 9 de julio de 2017, <<http://piedepagina.mx/una-escuela-contrala-dominacion.php>>, consultado el 18 de julio de 2017.

*Idem*. Uno de los proyectos estudiantiles que se presentarán el día de hoy gira, justamente, en torno de la pregunta “¿por qué los jóvenes y maestros niegan y no cuentan su origen cultural?”. En su crónica, Daniela señala que varios de los jóvenes que trabajaron en esa pregunta tenían rasgos indígenas, y sin embargo se referían a los indígenas como “los otros”. Y al mismo tiempo, hace anotaciones sobre las lenguas habladas por integrantes de la comunidad escolar: náhuatl, otomí, totonaca...

puede llegar más rápido a la escuela. Me lo imagino niño y le pregunto cómo se llama el pueblo en donde nació: Piedras Negras. Eso es en Puebla. Se llama como un lugar cerca de donde yo soy, en Coahuila.

—¿Es en la Sierra?

—No. Es en la Huasteca. ¡Apenas lomas hay!

Recuerdo una de mis primeras anotaciones de este diario: era Manuel hablando con nosotros sobre la importancia del sentido del humor. Sólo el humor nos salva. En aquel momento tuve muchas dudas, pero no me atreví a preguntarle a Manuel de qué estaba hablando: los performances que él organiza con sus estudiantes en el Estado de México son muy fuertes... ¿Dónde está el sentido del humor? Desde entonces, cada vez que me hace una broma yo la apunto e intento preguntarme qué es lo que está queriendo decir.

Con el frío de la mañana, llegar aquí, a la escuela, es un resguardo. En el salón hace un poco de calor. Miro hacia arriba. El techo es de lámina. ¿Cómo será aquí en la tarde?

Daniela y yo compartimos cuadernos. Es un acto de intimidad. Me muestra los dibujos que dejó en su cuaderno un familiar de desaparecidos. Ellos explican cómo se divide el terreno para hacer búsquedas de restos. Los dibujos cuentan la invención de una ciencia popular y plebeya que ayuda a defender la vida en medio de la muerte. La clase a la que ustedes entraron era Metodologías de la Investigación... Por eso estábamos haciendo todo eso.

Interrumpimos ese momento porque súbitamente la clase comienza. Cada grupo ha trabajado en torno de una pregunta que liga la investigación que hicieron en el semestre con la vida de su calle, su barrio y su colonia. La primera pregunta es “¿cuáles son las causas por las que los jóvenes se suicidan en Ecatepec?”. Mis primeras notas, desorientadas, no alcanzan a registrar los argumentos de las estudiantes, pero sí captan algo de la poética del grupo: una forma de hablar, de pararse en el salón, de escuchar y discutir. El movimiento de los cuerpos. La timidez. Un bisbiseo. Dudar si pararse adelante cuando una misma está exponiendo...

Aún no logro retener sus nombres. La segunda chica que habla usa el idioma formal de las exposiciones: “*ya que*” para indicar la consecuencia de algo; “...*que es* la depresión” para introducir una definición; adjetivos que suenan formal como “pensamientos *negativos*”. Y es que estamos en un momento solemne. El silencio —reverencial?— se va haciendo presente en el grupo. Manuel se va a la parte de atrás del salón. En silencio bebe el atole que le compramos en Indios Verdes. Dos niñas toman notas de lo que se dice en la exposición, y yo me asombro porque sé lo difícil que es que en un salón de clases un alumno se interese por lo que dice otro, que saque su cuaderno y haga notas con las palabras de su compañero. De inmediato hay manos levantadas para hacerles preguntas: están las preguntas de siempre (las que se hacen para molestar a las expositoras), pero también hay preguntas de otro tipo. Y hay diálogo: las estudiantes se responden unas a otras; toman

la palabra para comentar las preguntas, para disentir. Todo es tan rápido que no tengo tiempo de dibujar el patrón que se construye en ese acto de pasar la palabra, pero veo claramente lo que ese patrón *no* es: en lugar de que Manuel sea el centro de la red que se crea, o de que haya una especie de ping-pong entre estudiantes y expositoras, hay un tejido denso, complejo, en donde preguntas y respuestas se dan a ambos lados del salón. La angustia en el salón no es un lugar permanente, sino un lugar para transitar... Abre una posibilidad para desestructurar ciertas rigideces que prevalecen, rasgar la rutina.

Las paredes son delgadas: este salón está lleno del ruido del otro salón. Manuel interviene poco en el debate de sus alumnos, pero cuando lo hace es agudo y preciso: cuando las alumnas terminan, habla de la necesidad de construir vínculos. Recupera las cosas dichas por los alumnos del debate: retoma lo dicho por Miguel, un estudiante joven y participativo, pero también lo que dijo otra alumna que polemizó con Miguel, y que había recordado que, en las condiciones donde ellos viven, no siempre es posible construir vínculos. Miguel toma entonces la palabra, y hace por primera vez algo que lxs demás continuarán a lo largo del día: habla en primera persona. La capacidad de lxs estudiantes del grupo para hablar en primera persona es una de las cosas que más me impresionan del día. "Mi hermano se trató de suicidar". Cuenta las cosas que su hermano hacía (como escuchar la misma canción en frente de su familia, o marcar su cuerpo con un cuchillo). Miguel añade: "era un aviso".



Registros de Daniela Rea (1,2) y Rafael Mondragón (3).

El ejercicio propuesto por Manuel es, en realidad, una propuesta para que ellxs se vuelvan investigadores de su propia realidad. En la materia leen textos de Boaventura de Sousa Santos, Judith Butler, Enrique Dussel. Daniela me mandó fotos de los apuntes de algunas estudiantes, que muestran un grado de cuidado en el estudio de los textos que no es común en los cursos universitarios, y que —por prejuicio— uno no esperaría en una preparatoria precarizada. ¡No está precarizada! (añade Manuel, indignado, al leer estas notas): está en condiciones de precariedad, por sus instalaciones. El profesor además les enseña a hacer entrevistas, cuestionarios, observaciones no estructuradas, historias de vida. A construir registros audiovisuales. A ordenar sus archivos. A poner por escrito las constantes que encuentran, y a elaborar metáforas sugerentes para las vivencias que recogen.

El siguiente grupo ha trabajado en torno de la siguiente pregunta: “¿cuáles son las formas y las causas del abandono en Ecatepec?”. Lxs integrantes del grupo hablan de los niños abandonados de la colonia; de los vagabundos; de los perros de la calle; de los locos: es una reunión particular de intereses, que revela el movimiento de una curiosidad amplia y libre. “Abandono no sólo es dejarlos en la calle, sino hacer como que no están allí”. Algo de eso ocurre con lxs propixs entrevistadores, que una y otra vez cuentan la misma historia en diferentes grupos: la gente no contesta sus encuestas y entrevistas. Sus familiares los confrontan cuando les hacen preguntas. La gente de la calle se burla. Pero ellxs se ríen:

—Un viejito nos pidió una caguama a cambio de contestar la entrevista.

—Tenía como 60 años, y dijo que tenía 25.  
Las exposiciones se llenan de historias de la propia familia, el propio barrio, la propia calle. Aquí también hay un uso (indirecto) de la primera persona. Compa y Bibis, los dos vagabundos de la Colonia Benito Juárez (al lado de la Hank González), se vuelven personas tiernas en las narraciones transmitidas por lxs jóvenes. Gracias a Compa no hay mucha basura en las calles, pues él la levanta. Bibis recoge fierro viejo. Hay también “unos viejitos a los que no les gusta bañarse y por eso los abandonaron sus hijos” (“supuestamente, ¿no?”, interviene Manuel, como siempre que los expositores repiten, sin darse cuenta, algo del prejuicio social conformado en torno de los temas y personas que investigan). Hay un loquito que se sienta afuera

afuera de la Panchito. Andrea añade que no pudo entrevistar a su amigo David, que murió hace dos años. Él era de sus mejores amigos. Su mamá se juntó con un padrastro cuando David tenía ocho años. El padrastro lo violó... A David le gustaban los hombres. Cuando Andrea le preguntaba por qué, él sólo respondía con una frase extraña: “por un motivo”. En lugar de entregar una respuesta que dé cuenta de su dolor, Andrea trae un enigma desnudo a la clase. David se escapó de su casa, se fue a vivir con su abuelita, que luego lo corrió por ser homosexual.

Son tantas las historias que dejo de escribir. Estoy mareado, y sin embargo la atmósfera del salón es contenida. Miro mi cuaderno: observo los indicios de la construcción de un vocabulario propio de la clase: “Las personas [a las que entrevistamos] no sabían lo que es *indolencia*”. Esa palabra les interesa mucho, está en el centro de sus reflexiones sobre cómo se construye la violencia en el barrio. “Sabes lo que es sentir dolor, pero no lo que es no sentir dolor”. Qué realidad tan cruel (comenta hoy Manuel, frente a una taza de café). Parece una película de Arturo Ripstein, ¿no? Pero es real. Pero en medio de todo esto, ellos juegan... Aprenden a campechar. Las investigaciones, los proyectos artísticos, los foros que organizan, regresan todos ellos a este tema: la recuperación de la capacidad de acoger el dolor del otro como punto de partida para la construcción de una forma diferente de vínculo social. Los integrantes del equipo concluyen diciendo que, en Ecatepec, los abandonados son también los jóvenes.

Un grupo más trabaja en torno de la siguiente pregunta: “¿por qué las personas de Ecatepec se acercan o alejan a la religión?”. Han seguido las trayectorias de vida de sus familiares, y trabajado con ellos. Los confrontan y son confrontados. La tía de una de ellos les dice que ella ha hecho cosas malas y nunca le pasó nada. Un tío les dice que la religión da “axiomas” y por eso no sirve de nada. Una estudiante levanta la mano y pregunta si la religión en Ecatepec fortalece el machismo. Hay polémica. Rebeca pregunta por la violencia de los sacerdotes, y Manuel interviene con cuidado para ayudarlos a que la pregunta se plantee con mayor precisión. Fernanda, que es una de las expositoras, brilla en sus respuestas: recuerda ciertas iglesias de la zona en donde “si eres diferente o vas con los pelos parados, te ponen una cruz en la frente”. Discute con Andrea sobre los grupos religiosos que intentan realizar trabajo con jóvenes. Ambas comparten sus experiencias al interior de esos grupos. Andrea recuerda que muchos de ellos han ayudado a construir lazos que de otra manera serían imposibles. Fernanda es dura: para ella, la religión fortalece la ley (en el sentido negativo), y los coordinadores de esos grupos juegan con los sentimientos de los jóvenes. Manuel ayuda a cerrar la discusión señalando que “algunos de nosotros elegimos vincularnos a la humanidad”.

Manuel quiere armar un blog para los textos de sus alumnos: se va a llamar “Centro de Estudios de la Periferia”. E involucra a Daniela: “tú me vas a ayudar porque yo no sé hacer blogs”. La frase es inocente, pero tiene sentido del humor.

Manuel me enseña orgulloso el paquete de materiales que entrega el primer equipo, y me dice, en voz baja: “esto es como una tesis, ¿verdad? Es un mito que ellos no puedan comprometerse a esta edad”. En las exposiciones atisbo una forma de trabajo que no está pensada en términos disciplinares y que mezcla libremente prácticas derivadas del periodismo, la investigación sociológica, la antropología, la filosofía, el arte... El énfasis no está puesto en certificar el dominio de determinada metodología, sino en desarrollar capacidades para pensar la propia vida de manera radical. También los estudiantes de Manuel son autores de una ciencia popular y plebeya.